

Jesús JIMÉNEZ GUIJARRO*

El proceso de neolitización del interior peninsular

Se presenta una visión de conjunto del Neolítico del interior peninsular centrado en especial en una visión global y en las relaciones existentes con otras áreas de la Península Ibérica. Este artículo propone el análisis del proceso de neolitización desde la perspectiva de las tribus dialectales siguiendo modelos etnoarqueológicos. Se plantea la importancia de los esquemas decorativos como elementos definidores de esas tribus dialectales dentro de una secuencia cultural continua más acorde con los procesos de cambio cultural.

Palabras clave: Meseta española, Tribu dialectal, Cazadores/recolectores, Modelos de asentamiento, Estacionalidad.

A new general synthesis is presented about the Neolithic cultures in the plateau of the Iberian Peninsula and their relationship with the peninsular Neolithic. This paper propose the importance of 'dialectal tribes' in the neolithization process following etnoarchaeological models. The importance of ceramic's decorative schemes is proposed, and a continuous sequential explanation of the cultural change process is put forward.

Key words: Spanish Plateau, Dialectal tribe, Hunter-gatherers, Settlement patterns, Seasonality.

1. INTRODUCCIÓN

Cuando nos decidimos a hablar del Neolítico en el interior peninsular descubrimos de inmediato que se trata de un área en la que la investigación prehistórica ha quedado un tanto rezagada de los impulsos de otras regiones. La dificultad de abarcar de un simple vistazo tan amplia extensión de territorio (Fig. 1) —no en vano más de la mitad de la Península Ibérica— y sus evidentes relaciones con ámbitos geográficos tan diversos como pueden ser el Levante y el Poniente de la Península han condicionado en cierto modo la metodología empleada por los escasos investigadores que nos hemos centrado en su análisis global adoleciendo, en gran parte de estudios regionales completos.

Desde un primer momento, analizar la Meseta desde su globalidad, impone cierto respeto que, por lo general, va acompañado de la visión escéptica de que tan amplio marco geográfico pueda ser incluido dentro de un único trabajo de investigación.

Las analogías presentes dentro del amplio registro parecen hablar a favor del establecimiento de hipótesis de trabajo centradas en la existencia de redes de intercambio entre

los últimos representantes de grupos de economías de subsistencia basadas en estrategias de caza y recolección y los primeros representantes de modelos económicos y sociales de producción. Ahora bien, estas evidencias deben, de momento, presentarse desde postulados comparativos por medio de series de desarrollos culturales afines a aquellos que se establecen para la periferia de la Meseta, periferia que sin duda constituye un elemento de primera magnitud a la hora de abordar el desarrollo del proceso de neolitización del interior peninsular.

Desde mi punto de vista, la neolitización de la Meseta fue un proceso eminentemente derivado de la difusión —sin menosprecio del papel desarrollado por las comunidades de cazadores recolectores locales— de un novedoso conjunto de técnicas e ideas, apoyadas en un nuevo sistema económico, desde el ámbito mediterráneo. Poco importa, de momento, el lugar del cual proceda éste. Con esto quiero señalar que esta difusión no debe entenderse ni interpretarse desde un discurso propio de sociedades coloniales y colonizadas, ni de pueblos dominantes y dominados, sino que debe entenderse desde un único postulado, el de los desarrollos multiregion-

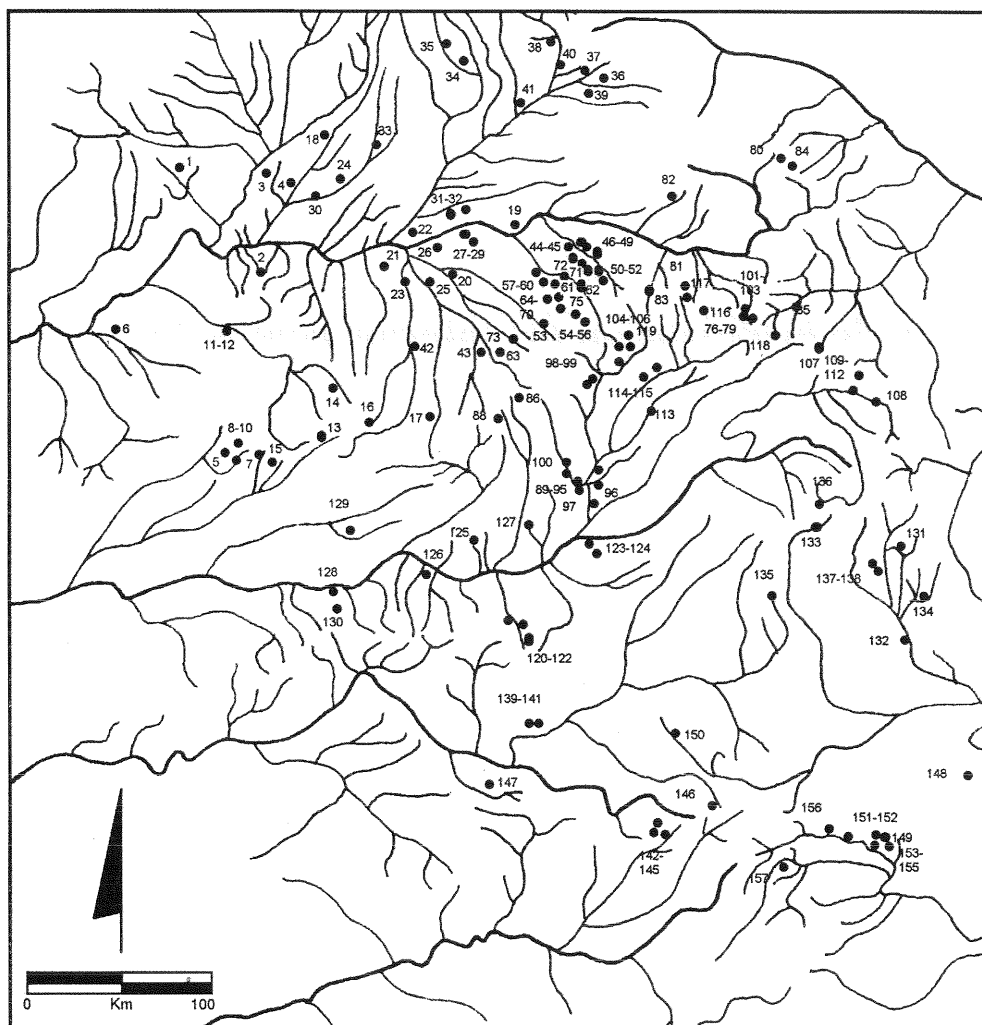


Fig. 1: Mapa de dispersión de yacimientos con materiales neolíticos de la Meseta Peninsular.

nales, los intercambios de información y los conjuntos de tribus dialectales que se esconden, sin duda, detrás de las numerosas "culturas materiales" a las que hemos denominado de formas diferentes como Gravetiense, Sauveterriense, Aziliense, etc. (Rozoy 1998).

2. EL SUBSTRATO CAZADOR/RECOLECTOR.

Poco a poco va creciendo el número de yacimientos epipaleolíticos del interior peninsular (Jiménez Guijarro 1998), y según aumenta el conocimiento de estos grupos, se puede entrever la existencia de cierta diversidad regional, por otra parte, similar a los desarrollos establecidos para las áreas limítrofes de la Meseta. Esto nos señala la existencia de redes de intercambio, o de estrategias de amplia movilidad, similares a las que han sido descritas por los estudios etnoarqueológicos realizados sobre grupos de cazadores recolec-

tores "actuales" (Holl 1993; Ichikawa 1986; MacEarchern 1994; Sampson 1988; Adler *et al.* 1996) e incluso similar a los desarrollos estudiados en áreas europeas anejas a nuestra Península (Rozoy 1998).

Las evidencias localizadas más al Norte son aquellas presentes en los niveles inferiores (IV-V) de la Cueva del Níspero en Burgos (Corchón 1988-89) y algunos materiales líticos dispersos de las provincias de Segovia y Soria (Iglesias *et al.* 1996: 728; Jiménez Guijarro 1998:24), sin que se cuente aún con datos abundantes procedentes de excavaciones sistemáticas que permitan arbitrar soluciones cronológicas e incluso buenas series tipológicas.

En la zona inferior de la Meseta contamos con evidencias localizadas en las provincias de Guadalajara (Fig.1,nº 104) (Jiménez *et al.* 1997; Jiménez Guijarro 1998), Madrid (*Ibidem*, Jiménez Guijarro e.p. a) y Albacete (Fig.1, nº 157) (Vega 1993) así como los datos procedentes de la excavación

del yacimiento de Verdelpino (Fig. 1, nº136) en la provincia de Cuenca (Moure *et al.* 1977; Moure y López 1979; Rasilla *et al.* 1996) y cuyos niveles de base (IV- VI) se corresponden con una adscripción mesolítica y epipaleolítica.

De cara a un intento de individualizar posibles áreas de relación debe tratar de ajustarse, en la medida de nuestras posibilidades, cada actual provincia a un espacio geográfico y físico concreto en el que entran en juego variables de clima, relieve y cierto condicionamiento geográfico que han de ser la base del establecimiento de posibles relaciones con el exterior de la Meseta.

Albacete, Ciudad Real y Cuenca se conforman como los elementos de imbricación entre Andalucía y el Levante y los pasos naturales hacia el interior. Pasos naturales que fueron utilizados tanto por animales salvajes como por los grupos humanos dentro de estrategias económicas basadas en la movilidad estacional.

Por su parte, Toledo, Salamanca y parte de Ávila y Madrid se relacionan a través de las dos cuencas hídras más importantes de la Meseta, el Duero y el Tajo, con las tierras extremeñas y portuguesas, dando solución, a través del Tajo, a una salida hacia las costas atlánticas.

La zona Oriental de Soria establece claros vínculos de relación con las tierras del Ebro y con los grupos humanos que sin duda entraron en contacto con otros del continente fundamentalmente de Francia e Italia, sin olvidar las relaciones establecidas con los conjuntos turulenses y aragoneses, a caballo entre las tierras interiores y las zonas costeras del área superior de la fachada mediterránea.

La Meseta muestra en sus desarrollos tipológicos la existencia de materiales que podrían adscribirse, en el seno de los yacimientos estratificados, a un substrato Magdaleniense "clásico" tanto en Verdelpino (Moure y López 1979:117) como en la Cueva del Nispero (Corchón 1988-89). En ambos casos, sobre este substrato superopaleolítico se sitúan niveles en los que la industria lítica parece más acorde con los complejos propios del Epipaleolítico microlaminar (Jiménez Guijarro 1998; *Ibidem* e.p. b) en los cuales, en un momento final del periodo aparecen los primeros indicios de industrias geométricas asociadas, en algunos casos, a las primeras cerámicas.

A este respecto, en un reciente trabajo señalaba el interés de abordar la geometrización de las industrias en el interior peninsular desde una hipótesis de trabajo que la relacionaría con el proceso de neolitización (Jiménez Guijarro 1998:25). Así, puede hablarse de cierta sincronía entre el proceso de geometrización de las industrias líticas y el proceso "económico/ideológico" de neolitización, y según el cual la geometrización no sería más que uno de los pasos previos o inmediatos en algunas áreas, de la aparición de respuestas económicas productoras. Otro elemento a tener en cuenta es el de la presencia de geométricos entre los conjuntos denominados del Neolítico Final-Calcolítico del País Vasco y área Cantábrica. Si atendemos a que el proceso de neolitización de éstas áreas pudo desarrollarse con cierto

retardo respecto a otras zonas peninsulares, no parece descabellado suponer que este primer impulso neolitizador de las tierras vascas, cántabras y gallegas pudiese corresponderse con los compases finales del Neolítico del interior como parecen demostrar las series del grupo de Los Husos, en Álava, o algunos datos presentes entre la mayor parte de los monumentos megalíticos, en casi todos los casos de adscripción Calcolítica y en los que el material lítico "de substrato" pudo tener un valor tan importante como para ser incluido dentro del rito funerario en forma de ajuar, lo que explicaría la alta incidencia del utillaje geométrico entre los materiales dotados de un carácter "sacro", e incluso la ubicación de algunos enterramientos bien megalíticos, bien tumulares no megalíticos sobre asentamientos neolíticos previos en un área muy localizada de la Submeseta Norte.

El sistema de habitación desarrollado durante el epipaleolítico meseteño -fundamentalmente en cueva y abrigo- está relacionado con las áreas de montaña y con un aprovechamiento forestal y cinegético del medio. Así lo demuestran los yacimientos de Verdelpino (Cuenca), Cueva del Nispero (Burgos), Abrigo de los Enebrales (Guadalajara), Abrigos de Ligos (Soria) y algunos abrigos de la cuenca del Eresma (Segovia) (Jiménez Guijarro 1998). En todos los casos parece reiterada la asociación de este tipo de industrias a abrigos ubicados directamente junto a zonas de interfluvio que se presentan como ejes articuladores del acceso entre la vega, más o menos amplia, y la sierra. No obstante no puede obviarse la presencia de este tipo de industrias en algunos establecimientos al aire libre, como los de Galapagar y el Sevillano en la provincia de Madrid, o los de la Talayuela y las riberas del Sorbe en Guadalajara. Esta evidencia parece contrastar la posibilidad señalada por algún investigador (Alday 1997) de que estemos obviando gran parte de las evidencias sencillamente atendiendo a un criterio de conservación y/o localización.

Considero que la existencia de dos sistemas de habitación - al aire libre y en cueva o bajo visera de abrigo -, aún cuando no se puedan de momento establecer criterios cronológicos para valorar si nos encontramos ante series sincrónicas o desarrollos diacrónicos, permite hablar de un sistema de aprovechamiento económico del medio basado en criterios de movilidad y estacionalidad, quizás dentro de sistemas de explotación logística o de movilidad residencial (Rozoy 1998:528). El modelo de gestión del territorio aplicado a la Meseta y que he denominado estacional recurrente (Jiménez Guijarro 1998:31) puede relacionarse con un lógico aprovechamiento de la totalidad de los ámbitos biogeográficos de un territorio amplio, razón por la cual la ubicación de los hábitats respondería al asentamiento en zonas de máxima explotación de ecosistemas diversos.

Los estudios realizados sobre las evidencias de grupos de cazadores recolectores "actuales" coinciden al señalar la necesidad de contar con un gran espacio gestionado por estos grupos - entre 15000 y 20000 Km² - (Rozoy 1998) ya que las estrategias de supervivencia de un grupo (con una

media de 15 – 60 individuos) se basan en la existencia de una amplia oferta económica dependiente de cada ciclo natural así como de una movilidad que permita el espaciamiento de los nacimientos y por ello el control demográfico. Así, los grupos estudiados (Binford 1991:117-153; Zedeño 1997; Rozoy 1998) presentan patrones de habitación de alta movilidad con establecimientos base ubicados en diferentes áreas geográficas, dependiendo de la época del año en que se usan y dependiendo también su registro del aprovechamiento económico al que se destinan.

Para los grupos de la Meseta considero que puede hablarse de una explotación estival de las zonas de pasto/caza de serranía lo cual motiva la elección de un espacio de hábitat determinado (terracea fluvial o abrigo de montaña) para la estación de invierno o verano respectivamente, combinado con establecimientos más o menos efímeros en las cuencas de algunos cursos hídricos como pueden ser el Manzanares, Jarama, Eresma, Duratón y Tiétar, prestando la ubicación de los asentamientos gran interés por las zonas de interfluvio.

La gestión de territorios amplios, aún sin la concepción de pertenencia de la tierra, implica directamente la intercomunicación tribal (Moure 1994:315-316), necesaria por otra parte no solo a un nivel social y económico, sino a otro más natural como es el de la supervivencia biológica del grupo merced a intercambios realizados entre las diferentes bandas. Esta comunicación implica a su vez el intercambio de ideas y materiales y considero fue esta la base principal del circuito por el que se dirigió el proceso de neolitización de la Meseta dentro de lo que se ha explicado como “aculturación indirecta” (Olaria 1994; Bernabeu 1988; Bernabeu *et al.* 1993) en un aparente proceso de continuidad debido a su desarrollo en el seno de bandas pertenecientes a una misma tribu dialectal (Rozoy 1998; Jiménez Guijarro 1998) lo cual motiva no sólo la efectividad y aceptación general del proceso neolitizador, sino la existencia de verdaderas simetrías representativas dentro de los esquemas decorativos y las expresiones rupestres que van más allá de la “utilitaria” explicación de los fenómenos de convergencia cultural.

Este proceso debe entenderse como la difusión entre los grupos de cazadores/recolectores mesolíticos del interior de los elementos definidores de un “neolítico” que a todas luces, y sea cual sea su procedencia, fue alóctono, independientemente de que los grupos humanos que fueron primeramente neolitizados estuviesen o no en una fase de “disponibilidad” o de “desarrollo”. Quizás a la existencia de esa etapa previa se deba el éxito de la implantación de los diferentes elementos que componen el “Neolítico”, tal y como han señalado algunos investigadores (Schumacher y Weniger 1995). Por otra parte, realmente importa poco si la primera neolitización fue cardial o no, incluso me inclino a pensar que, por encima de todo fue total, y debe entenderse este total desde el punto de vista de que su presencia pudo mostrar, desde un primer momento, elementos cerámicos y una representación de los productos domesticados, sencilla-

mente porque ya lo estaban y quien los traía sabía cómo controlar esos recursos, y lo que es más importante, pertenecían a una misma tribu dialectal, lo cual debió contribuir a minimizar los riesgos de rechazo.

Dentro del marco de las estrategias de movilidad puede darse la existencia conjunta de grupos con mayor itinerancia junto a otros que, dada su ubicación en núcleos de mayor diversidad ecológica en un reducido espacio de terreno, poseyesen un menor grado de movilidad. Esto convertiría a estas zonas en las óptimas para el establecimiento humano, lo cual sí es documentable por las evidencias arqueológicas ya que mostrarán, como parece ser el caso de la zona del interfluvio Jarama-Manzanares, Patones en Madrid o los casos segoviano y soriano, evidencias de recurrencia continuada dentro, quizás, de un patrón de “lugares de agregación” (Conkey 1992).

3. NEOLITIZACIÓN DE LOS GRUPOS DE CAZADORES RECOLECTORES DEL INTERIOR PENINSULAR: CONTINUIDAD Y CAMBIO.

Una de las claves principales a la hora de imbricar todo lo expuesto acerca de las comunidades de cazadores recolectores y el desarrollo de la neolitización de la Meseta es la continuidad. Ésta queda patente desde el momento en el que se aprecia la continuidad en el hábitat -Abrigo de los Enebrales (Guadalajara), El Sevillano (Madrid), La Talayuela (Guadalajara) (Fig.1, nº 113), Verdelpino (Cuenca)- entre ambos periodos. La aparición de los primeros intentos productores se verá condicionada por la necesidad de contar con zonas óptimas para el cultivo y el desarrollo de la ganadería. Si partimos de la base de la amplia diversidad biogeográfica de la Meseta descrita en apartados anteriores, se puede intuir que el modelo estacional recurrente existente entre los grupos de cazadores-recolectores fue el marco idóneo para el establecimiento de una economía “experimental” de producción en la que aún tendría gran importancia la obtención de alimento por medio de estrategias cazadoras-recolectoras. Así, las tierras bajas de la cuenca de algunos ríos como el Duero, Tajo, Jarama, Manzanares, e incluso de otros de aparente menor importancia se presentan como lugares idóneos para el establecimiento de cultivos puntuales combinados con cortos desplazamientos de cada banda, quizás no superiores a los 100-150 kilómetros, hacia las tierras altas en periodos estivales, donde los primeros rebaños ganaderos obtuviesen pastos frescos de mejor calidad que los existentes en las zonas bajas y donde las oportunidades de caza fuesen mayores.

Este modelo plantea la necesidad de establecer si los cultivos realizados por los grupos neolíticos de la Meseta fueron de invierno y si los establecimientos de montaña, y sus posibles cultivos asociados, poseen una estacionalidad real centrada en el estío. A este respecto, en la cueva de la Vaquera (Segovia) (Fig.1, nº 63), el palinograma asociado al Neolítico presenta la incidencia de especies anuales como la

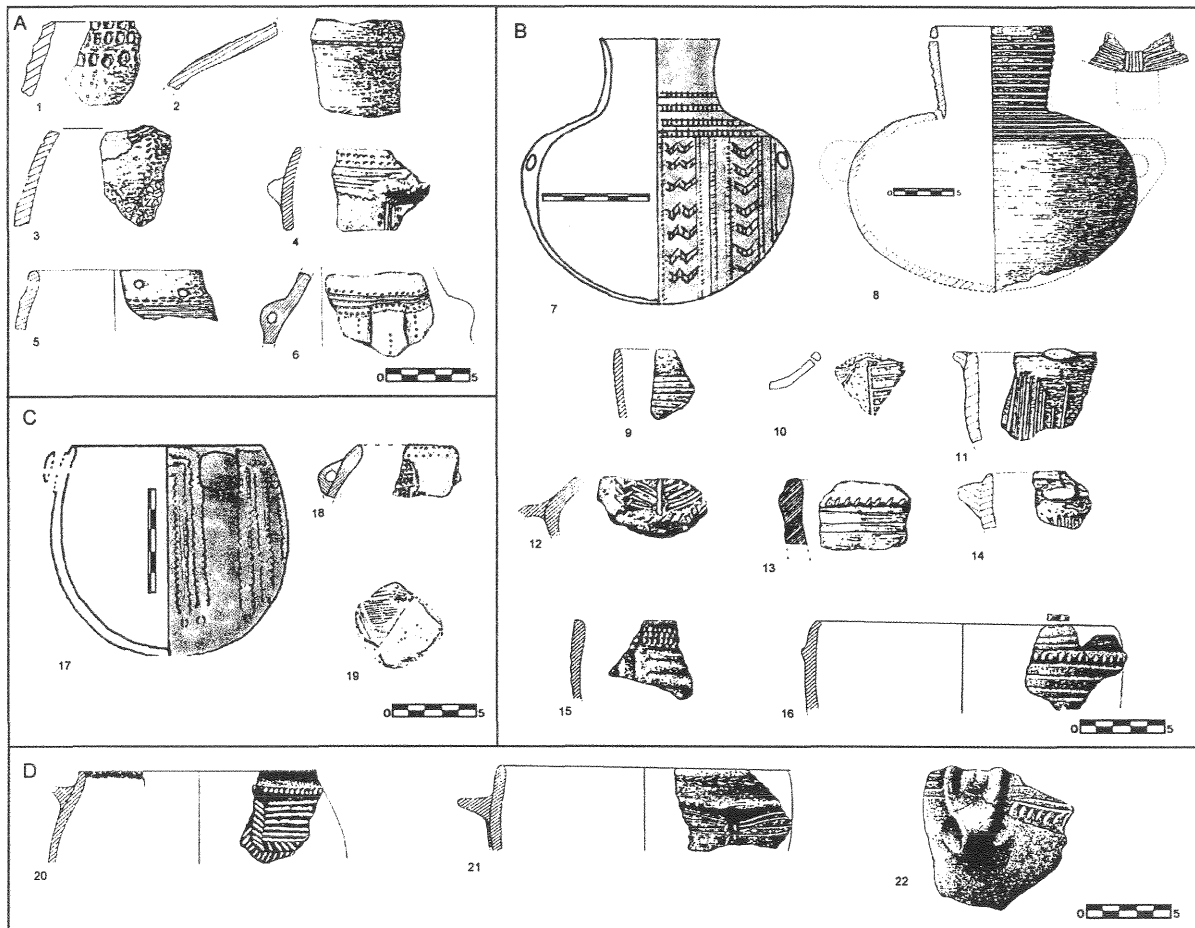


Fig. 2: Cerámicas decoradas. A- Esquemas impresos e inciso/impresos. 1,2 y 3 Valdivia (Madrid), 4 El Carrascal (Valladolid), 5 Cueva de la Higuera (Madrid), 6 Los Vascos (Madrid). B- "Botellas-garrafa" y esquemas inciso/acanalados. 7 Cueva del Niño (Albacete), 8 Sepultura de Valdivia (Madrid), 9 y 16 Cueva de la Vaquera (Segovia), 10, 11 y 14 Valdivia (Madrid), 12 La Sinova II (Valladolid), 13 Francisco Pérez (Madrid), 15 La Isla II (Valladolid). C- Esquemas Cardiales y pseudo-cardiales. 17 Cerámica cardial de Cueva Santa (Albacete), 18 Cerámica pseudo-cardial de Los Vascos (Madrid), 19 Cerámica pseudo-cardial de El Torrejón (Salamanca). D- Elementos de suspensión, agarre y asas decoradas. 20 La Cañada (Valladolid), 21 Cueva de la Vaquera (Segovia), 22 La Marisvela (Salamanca). Los dibujos de las piezas 9,12,15,16,19,20,21 y 22 proceden de Iglesias *et al.* (1996).

Fabacea y *Chenopodiaceae* (López *et al.* 1997:49) lo cual señala la posibilidad de que este hábitat de altura (960 m.s.n.m.) fuese frecuentado principalmente entre primavera y otoño. Estos datos han sido interpretados como una evidencia de la existencia de los primeros cultivos de regadío (*Ibidem*: 48) que considero deben ser entendidos mejor como parte del aprovechamiento de las áreas de inundación fluvial dentro del concepto de horticultura que por lo general se ha citado como la fase transicional entre economías cazadoras-recolectoras y productoras (Hernando 1996:196; Ingold 1986; Criado 1991). Resulta de gran interés señalar que no es hasta la tercera zona polínica individualizada (-310/ -180 cm), que podría corresponder al inicio del Calcolítico y Bronce Antiguo, cuando se documenta la pre-

sencia de polen de *Cerealia* asociado a una disminución de *Fabaceae*, lo que se interpreta (López *et al.* 1997:50) como un cambio en el sistema de cultivo, de la horticultura a los cultivos cerealistas.

Por lo que respecta a los asentamientos, no existen cambios entre las fases IA y IB, fase esta en la que se siguen utilizando cuevas y abrigos y en la que los establecimientos al aire libre conocen un paulatino aumento en su número. Esta aparente continuidad tan sólo será alterada por la presencia de cerámicas, mayoritariamente decoradas con esquemas impresos (Fig.2A) e inciso/acanalados (Fig.2B), a veces en soluciones conjuntas. Estas decoraciones se realizan sobre formas por lo general simples entre las que destacan cuencos hemisféricos, grandes vasos de paredes rectas, ollas de cuer-

po globular y algunas garrafas o botellas de cuello cilíndrico y amplio cuerpo globular (Fig.2B nº 7 y 8), en alguna ocasión con perforaciones en el borde, sin duda destinadas a la colocación de tapaderas de piel. Entre los esquemas decorativos impresos no falta algún ejemplo cardial (Fig.2C nº 17) y aquellos que reproducen, burdamente, las decoraciones cardiales (Fig.2C nº 18 y 19) como los fragmentos de Los Vascos (Fig.1 nº 90) (Jiménez Guijarro 1998) o aquellos otros, más dudosos, procedentes de la Teta (Ávila) (Fig.1 nº 15) y El Torrejón (Salamanca) (Fig.1 nº 12) (Iglesias *et al.* 1996:726). Especial importancia poseen las asas y elementos de sustentación (orejetas y mamelones) que funcionan como articuladores de los esquemas decorativos (Fig. 2D), así como los cordones de escaso resalte acompañados, la mayor parte de las ocasiones, de decoraciones impresas que reproducen motivos “en espiga” (Fig. 2D nº 21).

La industria lítica se caracteriza por la presencia de elementos geométricos (Iglesias *et al.* 1996) junto a algunos útiles de substrato presentes en la fase IA (Jiménez Guijarro 1998), si bien han desaparecido casi por completo los elementos de dorso y los útiles microlíticos no geométricos típicos de los momentos terminales del Paleolítico. Por lo que respecta a la industria ósea no es abundante, destacando la presencia sobre todo de punzones realizados sobre metápodos de ovicáprido.

En cuanto a los elementos decorativos quizás lo más significativo sea la presencia de algunos brazaletes de piedra pulimentada de carácter alóctono y cierto valor “simbólico” o social dada su presencia en contextos funerarios como Valdivia (Fig.1 nº 89) (Jiménez Guijarro 1998; *Ibidem* e.p. b).

4. LAS TRIBUS EN “NUESTROS” TIEMPOS: FASES Y SECUENCIA CULTURAL.

La secuencia cronológico/cultural (Fig. 4), útil aunque artificial, que propuse recientemente (Jiménez Guijarro 1997 a; *Ibidem* 1998), que se aleja de los postulados clásicos de las secuencias tripartitas, del todo inoperantes, e inspirada en el modelo valenciano (Bernabeu 1988; Bernabeu *et al.* 1993) plantea su aplicación dentro de una concepción global que asume, como ya he señalado, la existencia de bandas integradas en tribus dialectales. El inicio se situaría en un momento cercano al 7000 Cal. BC. en el que podrían situarse las primeras evidencias mesolíticas, quizás con presencia de algunas cerámicas si prestamos atención a las recientes reinterpretaciones del nivel IV de Verdelpino (Rasilla *et al.* 1996). Todo ello caracterizaría la fase IA que desembocaría, merced a una paulatina inclusión en los circuitos de intercambio de las diferentes bandas, en la generalización de cerámicas mayoritariamente decoradas con motivos inciso/acanalados e impresos dentro de la denominada fase IB (5500 – 4000 Cal. BC.). Los índices de presencia de los diferentes tipos decorativos, así como la disposición de los motivos dependerán del área de intercambio en el que se mueva

una determinada banda e incluso de su inclusión dentro de una tribu dialectal diferente, advirtiéndose diferencias entre los conjuntos de Albacete, con alguna representación de cardial como la decoración del cuenco de Cueva Santa (Caudete) (Fig.2C nº17), los de Ciudad Real, Toledo y Madrid, con mayor incidencia de los elementos impresos, entre los que destaca el boquique (Fig.2ª nº 2, 3 y 5), y los del área castellano-leonesa, más ligados a los desarrollos aragoneses y catalanes (Jiménez Guijarro 1997 a; *Ibidem* 1998).

Esta fase culminaría en un desarrollo local de la economía de producción –fase IIA–, restringiéndose cada vez más los hábitos propios de la fase IA al tiempo que se produce una multiplicación de los intercambios entre bandas en el desarrollo pleno de lo que se viene denominando Neolítico en los que sin duda aparecen las primeras manifestaciones de prestigio y desigualdad notable evidenciada por la explotación de áreas mineras de las que se obtienen materiales exóticos dirigidos no al consumo local sino a su inmersión dentro de los circuitos de intercambio (Edo *et al.* 1997). En algunas zonas de la Meseta la implantación megalítica pudo ser sincrónica al desarrollo de la fase IIA, sin embargo, a efectos prácticos y dadas las grandes diferencias existentes

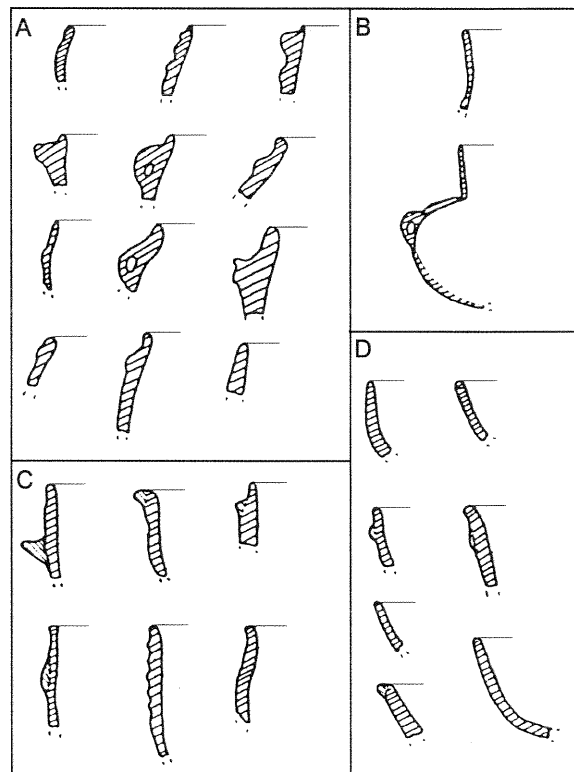


Fig. 3: Tabla de formas cerámicas del Neolítico de la Meseta. A- Cuencos ovoides invasados, B- “Botellas-garrafa”, C- Vasos de paredes rectas, D- Cuencos hemisféricos y exvasados.

entre los materiales de ambas fases, he independizado esta implantación megalítica dentro de la fase IIB. Ambas fases, IB y IIB, alcanzan directamente lo que se viene denominando Calcolítico Precampaniforme de un modo independiente de la presencia de metal (Jiménez Guijarro 1998).

Las soluciones funerarias parecen en un principio tan diversas como el hábitat, si bien las propias de las fases iniciales (IB y IIA) fueron, a mi entender, exclusivamente inhumaciones individuales en fosa junto al área de habitación como los presentes en Villamayor de Calatrava (Ciudad Real) (Fig.1 n°147) (Rojas y Villa 1996), Valdivia (Madrid) (Jiménez Guijarro 1998; *Ibidem* e.p. b) y Ambrona (Fig.1 n° 76,77 y 78) (Soria) (com. per. M. Kunst). Este tipo de enterramientos se combinarían con las primeras evidencias de sepulcros múltiples bajo túmulo en la fase IIB –nunca antes del 4000 Cal. BC., como El Miradero, en Valladolid (Fig.1, n° 30) (Delibes *et al.* 1987) o Velilla, en Palencia (Fig.1 n° 34) (Delibes y Zapatero 1996:340). Por lo que respecta a la utilización de las cuevas como necrópolis aún está por demostrarse en la Meseta su uso para tal fin y ya he mostrado mi desconfianza al respecto (Jiménez Guijarro 1997 a; *Ibidem* 1998). Así, la aparente uniformidad es rota por la presencia del fenómeno tumular, sea o no megalítico, moti-

vo por el cual considero que la fase IIB muestra la evidencia de una ruptura en el registro que cambió uno de los caracteres más delicados de cualquier contexto cultural, aquél que establece las relaciones ideológicas y/o funerarias, así como la relación hombre/medio (Criado 1991; Hernando 1996: 200) por lo que considero factible mantener la existencia de un fenómeno de implantación (Jiménez Guijarro 1998), engranado no obstante en un proceso continuado de desarrollo y cambio cultural (Fig. 4).

5. TRIBUS DIALECTALES: BANDAS Y TERRITORIOS ESTILÍSTICOS

Considero que puede hablarse, para el Neolítico del interior y a un nivel mayor peninsular, de tribus dialectales –definidas por una serie de aspectos materiales, habitacionales, ideológicos y lingüísticos- y conformadas por diversas bandas que se movieron dentro de extensos territorios, enmarcados a su vez en el seno de un territorio más amplio aún que perteneció, sin duda, a la comunidad tribal (Rozoy 1998; Constandse-Westermann y Newell 1997).

Las evidencias que me permiten plantear la existencia de estas tribus dialectales son las similitudes existentes en la Meseta entre hábitats, patrones de asentamiento, cultura material –con la representación reiterativa de los mismos esquemas decorativos- y por encima de todo la “comunidad” existente entre algunos elementos de la pintura esquemática de diferentes zonas, no ya de la Meseta, sino también de la Península dentro de una *koiné* cultural (Martí *et al.* 1980:157; Cardito 1998:104; Jiménez Guijarro 1998) que irían más allá del terreno de la convergencia cultural.

Acerca de la adscripción neolítica de parte de este tipo de manifestaciones rupestres no quedan demasiadas dudas sobre todo si se analizan las relaciones existentes entre hábitats y paneles decorados en la franja Torrelaguna-Valdesotos (Jiménez Guijarro 1997a; 1997b; 1998), barranco del Duratón (Lucas *et al.* 1997), y fuera de la Meseta, Olvena o el barranco del río Mundo, lugares todos ellos en los que se da la presencia de cuevas y abrigos con hábitat neolítico y en cuyas proximidades se hallan numerosas estaciones decoradas en las que se produce la combinación reiterada de ciertos signos, esquemas, sistemas compositivos y asociaciones, todo lo cual explica (Moure 1994:316) la existencia de intercambios y relaciones dentro de bandas pertenecientes a una misma tribu dialectal y por ello conocedoras del código de esas pinturas y de los esquemas decorativos presentes en los recipientes cerámicos.

Que las primeras cerámicas de la Meseta o de la Península estuviesen o no decoradas por medio de impresiones de *Cardium* es algo, a un nivel global, poco relevante. Evidentemente minusvaloramos los desarrollos locales en los que con certeza, si se encontraban fuera del ámbito de una determinada tribu dialectal, los esquemas decorativos presentes en otros contextos tribales carecían de sentido. Esto me invita a recordar que la cerámica, como las paredes

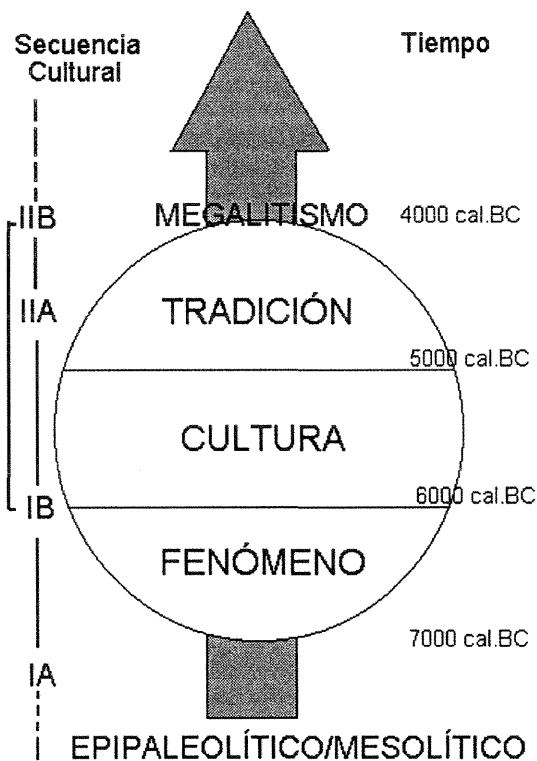


Fig. 4: Proceso y secuencia cultural del Neolítico de la Meseta (inspirado en Lemerrier 1998: 380 fig. 13).

de un abrigo o como el mismo cuerpo de cada individuo de la tribu, es un elemento de expresión de primera magnitud (Klump y Kratz 1993). Expresión que indica no sólo quien eres y qué lugar ocupas en “el mundo”, sino a qué lugar o familia perteneces y qué lugar ocupas en ella.

Tendemos a obviar la importancia de la expresión no oral, y fundamentalmente aquella que puede “exportarse” más allá de las coordenaciones espacio-temporales que nosotros manejamos. Esto debe ser una advertencia acerca de lo que algunos investigadores han señalado y que se ha obviado por simple, y es que las coordenaciones espacio-temporales de las comunidades prehistóricas pueden estar más cerca de los comportamientos de los grupos de cazadores/recolectores o agricultores primitivos actuales de lo que pensamos (Hernando 1996:200) y que por supuesto, esas coordenaciones que son en sí el punto de inflexión en torno al cual gira la cosmogonía de esos grupos, quedan muy lejos de nuestros modernos referentes espaciales y temporales.

La cerámica, más allá de ser un mero contenedor o el símbolo de un “progreso” evolutivo es, ante todo, un elemento de expresión (Herbich 1994; Wobst 1977; Sackett 1990; Sampson 1988), máxime a través de su decoración. Si unimos a la existencia de esta decoración las concomitancias existentes con algunas representaciones rupestres (Lucas *et al.* 1997; Cardito 1998) estamos en disposición de afirmar dos cuestiones significativas:

1) El arte rupestre es un lenguaje simbólico expresivo definidor de demarcaciones tribales o de identidades grupales.

2) La función, durante el proceso de neolitización, de este lenguaje asociado no sólo al espacio común (tribal, se sobreentiende) sino a la cerámica –potencialmente intercambiable y exportable- residiría en la “difusión” de un mensaje de carácter unitario dentro del complejo tribal y entre las diversas bandas que lo componen. Así, al elemento exógeno –la cerámica- se le dota de unas connotaciones “locales” –la expresión “decorativa”- inteligibles para aquellos grupos que poseen el código, por lo que el elemento que lo porta –la cerámica- y todo cuanto lo acompaña –animales, plantas e incluso personas, debe ser benéfico para la banda y para la tribu pues viene sancionado o verificado por el código tribal.

BIBLIOGRAFÍA

- ADLER, M.A., VAN POOL, T., LEONARD, R.D. 1996. Ancestral Pueblo population aggregation and abandonment in the North American Southwest. *Journal of World Prehistory* 10(3): 375-438. New York.
- ALDAY RUÍZ, A. 1997. Los ciclos culturales en los inicios del Holoceno en el País Vasco: ¿Crónica, explicación o especulación?. En R. de Balbín y P. Bueno (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo II – Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Zamora, Septiembre de 1996: 11-23. Zamora.
- BERNABEU AUBÁN, J. 1988. El Neolítico en las comarcas meridionales del País Valenciano. En P. López (coord.) *El Neolítico en España*: 131-166. Madrid.
- BERNABEU, J., AURA, J. E., Y BADAL, E. 1993. *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Madrid.
- BINFORD, L.R. 1991. *En busca del pasado*. Barcelona
- CARDITO ROLLÁN, L. M^a. 1998. Arte macrosquemático y paralelos mediterráneos: apuntes para su cronología. *Saguntvm (PLAV)*, 31: 99-108. València.
- CONKEY, M. 1992. Les sites d'agrégation et la répartition de l'art mobilier. ou: y a-t-il des sites d'agrégation magdaléniens?. En *Le peuplement magdalénien; Paléographie physique et humaine. Actes du colloque de Chancelade* (octobre 1988): 19-25. Paris.
- CONSTANSE-WESTERMANN, T.S. Y NEWELL, R.R. 1997. Variabilité dans 70 sociétés de comparaison: durées d'occupation, mobilité, démographie. En *Le Tardiglaciaire en Europe du Nord-Ouest, Actes du 119e Congrès des sociétés historiques et scientifiques*, Amiens, 1994: 469-480. Paris.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, M^a.S., 1988-1989. Datos sobre el Epipaleolítico en la Meseta Norte: La cueva del Níspero (Burgos, España). *Zephyrus*, XLI-XLII: 83-100. Salamanca.
- CRIBADO BOADO, F. 1991. Tiempos megalíticos y espacios modernos. *Historia y crítica*, I: 85-108.
- DELIBES DE CASTRO, G., ALONSO, M., Y ROJO GUERRA, M. 1987. Los sepulcros colectivos del Duero medio y su conexión con el foco dolménico riojano. *El megalitismo en la Península Ibérica*: 181-197. Madrid.
- DELIBES DE CASTRO, G. Y ZAPATERO MAGDALENO, P. 1996. De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de la Velilla, en Osorno (Palencia). *Rubricatum I, Actes I Congrès del Neolitic à la Península Ibérica, Vol. I*: 337-345. Gavà.
- EDO, M., FERNÁNDEZ TURIEL, J.L., VILLALBA, M.J. Y BLASCO, A. 1997. La calafía en el cuadrante NW de la Península Ibérica. En R. de Balbín y P. Bueno (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo II – Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Zamora, Septiembre de 1996: 99-123. Zamora.
- HERBICH, I. 1987. Learning patterns, potter interaction and ceramic style among the Luo of Kenya. *African Archaeological Review* 5:193-204.
- HERNANDO GONZALO, A. 1996. Aproximación etnoarqueológica al estudio del Neolítico: la utilidad del caso K'Ekchi' para el estudio de la Prehistoria europea. En M^a.A. Querol y T. Chapa (eds.) *Homenaje al Dr. Fernández-Miranda, Complutum Extra* 6 (2): 193-202.
- HOLL, A. 1993. Community interaction and settlement patterning in northern Cameroon. En A. Holl y T.E. Levy (eds.) *Spatial boundaries and social dynamics: Case studies from food-producing societies. International Monographs in Prehistory Enoarchaeological Series* 2: 39-61.
- ICHIKAWA, M. 1986. Ecological bases of symbiosis, territoriality and intra-band cooperation of the Mbuti Pygmies. *Sprache und Geschichte in Afrika* 7(1): 161-188.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C., ROJO GUERRA, M.A., Y ÁLVAREZ PERIÁÑEZ, V. 1996. Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte. *Rubricatum I, Actes I Congrès del Neolitic à la Península Ibérica, Vol. 2*: 721-734. Gavà.
- INGOLD, T. 1986. *The appropriation of Nature. Essays in Human Ecology and Social Relations*. Manchester.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. 1997 a. *La Neolitización de la cuenca alta del Tajo*. Tesis de Licenciatura (inédita).
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. 1997b. El abrigo del Sumidero: nueva estación esquemática en Guadalajara. *Kalathos*, 16:7-17. Teruel.

- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. 1998. La neolitización de la cuenca alta del Tajo: nuevas propuestas interpretativas para el Neolítico de la Meseta. *Complutum*, 9: 21-42. Madrid.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. e.p. a. Caracterización del Epipaleolítico del interior peninsular. Un conjunto madrileño de las terrazas del Manzanares. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 11. Madrid
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. e.p. b. Nuevos elementos materiales para la interpretación del Neolítico del interior peninsular; el yacimiento de Valdivia (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, 12. Madrid
- JIMÉNEZ SANZ, P.J., ALCOLEA GONZÁLEZ, J.J., GARCÍA VALERO, M.A., Y JIMÉNEZ GUIJARRO, J. 1997. Nuevos datos sobre el Neolítico meseteño: la provincia de Guadalajara. En R. de Balbín y P. Bueno (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo II – Neolítico, Calcólítico y Bronce, Zamora*, Septiembre de 1996: 33-49. Zamora.
- KLUMPP, D. Y KRATZ, C. 1993. Aesthetics, expertise, and ethnicity: Okiek and Maasai perspectives on personal ornament. En T. Spear y R. Waller (eds.) *Being Maasai: Ethnicity and Identity in East Africa*: 195-221. Londres.
- LÓPEZ GARCÍA, P., ARNANZ, A.M^a., UZQUIANO, P. Y LÓPEZ, J.A. 1997. Los elementos antrópicos en los análisis arqueobotánicos como indicadores de los usos del suelo. En J.M. García y P. López (eds.) *Acción humana y desertificación en ambientes mediterráneos*: 41-59. Zaragoza.
- LUCAS M^a.R., ANCIONES, R., CARDITO, M^a.L., ETZEL, E., Y RAMÍREZ, I. 1997. Neolítico y Arte Rupestre en el Barranco del Duratón (Segovia). En R. de Balbín y P. Bueno (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular, Tomo II – Neolítico, Calcólítico y Bronce*, Zamora, Septiembre de 1996: 157-163. Zamora.
- MACEACHERN, S. 1994. "Symbolic reservoirs" and inter-group relations: West African examples. *African Archaeological Review* 12: 205-224.
- MARTÍ, B., PASCUAL, V., GALLART, M.D., LOPEZ, P. PÉREZ, P., ACUÑA, J.D., Y ROBLES, F. 1980. Cova de l'Or (Beniarrés-Alicante). *Servicio de Investigaciones Prehistóricas, Trabajos varios* n^o 65. València.
- MOURE ROMANILLO, J.A., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., MORALES MUÑIZ, A. Y LÓPEZ GARCÍA, P. 1977. El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Noticia de la campaña de 1976. *Trabajos de Prehistoria*, 34: 31-83. Madrid.
- MOURE ROMANILLO, J.A., Y LÓPEZ GARCÍA, P. 1979. Los niveles pre-neolíticos del abrigo de Verdelpino (Cuenca). *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo 1977: 111-124. Zaragoza.
- MOURE ROMANILLO, J.A. 1994. Arte Paleolítico y geografías sociales. Asentamiento, movilidad y agregación en el final del Paleolítico Cantábrico. En T. Chapa y M. Menéndez (eds.) *Arte Paleolítico, Complutum Extra*, 5: 313-330. Madrid.
- OLARIA I PUYOLES, C. 1994. La problemática del proceso de neolitización en el País Valenciano: una hipótesis de periodización. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16:19-37. Castelló.
- RASILLA VIVES, M. DE LA, HOYOS GÓMEZ, M. Y CAÑAVERAS JIMÉNEZ, J.C. 1996. El abrigo de Verdelpino (Cuenca) Revisión de su evolución sedimentaria y arqueológica. En M^a.A. Querol y T. Chapa (eds.) *Homenaje al Dr. Fernández-Miranda, Complutum Extra* 6 (1): 75-82.
- ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, J.M. Y VILLA GONZÁLEZ, J.R. 1996. Una inhumación individual de época neolítica en Villamayor de Calatrava (Ciudad Real). *Rubricatum I, Actes I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Vol. 2*: 509-519. Gavà.
- ROZOY, J.G. 1998. Stratégies de chasse et territoires tribaux au Mésolithique. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 95(4): 525-536. Paris.
- SACKETT, J. 1990. Style and ethnicity in archaeology: The case for isochrestism. En M. Conkey y C. Hastorf (eds.) *The uses of style in archaeology*, Cambridge University Press: 32-43. Cambridge.
- SAMPSON, C.G. 1988. *Stylistic boundaries among mobile hunter-foragers*. Smithsonian Institution Press. Washington.
- SCHUMACHER, TH. X., Y WENIGER, G.C. 1995. Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el Este de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 83-97. Madrid.
- VEGA TOSCANO, L.G. 1993. Excavaciones en el abrigo del Molino del Vadico (Yeste). El final del Paleolítico y los inicios del Neolítico en la Sierra alta del Segura. En J. Blaquez, R. Sanz y M.T. Mussat (coord.) *Arqueología en Albacete*: 19-32. Albacete.
- WOBST, M. 1977. Stylistic behavior and information exchange. En C. Cleland (ed.) *For the Director: Research Essays in Honor of James B. Griffin*, *Museum of Anthropology*, University of Michigan, Occasional Papers, Ann Arbor: 317-342.
- ZEDEÑO, M^a.N. 1997. Landscapes, Land Use, and the History of Territory formation: an example from the Puebloan Southwest. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4(1): 67-103.